



ISBN: 978-607-30-0180-9

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones
sobre la Universidad y la Educación

www.iisue.unam.mx/libros

Jesús Márquez Carrillo (2017)

“Los filones de la nación. Vicente T. Mendoza
y la investigación folclórica en México,
1926-1964”

en *Modernizar y reinventarse. Escenarios en la
formación artística, ca. 1920-1970*, María
Esther Aguirre Lora (coord.), IISUE-UNAM,
México, pp. 139-160.

Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)

**Los filones de la nación.
Vicente T. Mendoza y la investigación folclórica
en México, 1926-1964**

*Jesús Márquez Carrillo**

El 27 de octubre de 1964 falleció en la ciudad de México Vicente T. Mendoza, quien desde 1939 trabajara en el Instituto de Investigaciones Estéticas (IIE) de la UNAM y entre 1948 y 1954 fuera maestro de la Escuela Nacional de Música, donde impartió un curso de cuatro horas sobre la Investigación del Folklore Musical Mexicano.¹ Su deceso fue motivo de duelo en los medios académicos nacionales y extranjeros. Opiniones de España, Argentina, Perú, Panamá, Estados Unidos, Brasil, Chile, Portugal, Bélgica e Italia —y las propias de los investigadores mexicanos— ponderaron sus valiosos aportes a “la investigación sistemática del folklore”.² Para Justino Fernández, Vicente T. Mendoza “supo ser maestro dentro y fuera de la cátedra [...] Su obra, amplia y oportuna, tiene lugar de excepción en la cultura nacional e internacional”.³ Gabriel Moedano Navarro, su colaborador y amigo, alcanzó a registrar 18 libros publicados, tres inéditos, cuatro incom-

* Centro de Estudios Universitarios-Facultad de Filosofía y Letras-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

1 Comúnmente se menciona que Vicente T. Mendoza ingresó al IIE en 1936, pero su expediente señala que esto ocurrió el 1 de septiembre de 1937, cuando fue contratado para la “exploración de la música del Valle del Mezquital”. Luego, por un acuerdo del rector (30 de junio de 1938) se le suspende “en vista de la difícil situación económica por que atraviesa la Universidad”, y es con Manuel Toussaint cuando definitivamente entra a dicha dependencia, a partir del 16 de febrero de 1939. “Mendoza Gutiérrez, Vicente T.”, AHUNAM, Fondo Expedientes de Personal, MEGV 940127, exps. 112/131/4861, ff. 46, 70-71.

2 Fernando Anaya Monroy, “Dos investigadores ejemplares en el folklore: Vicente T. Mendoza y doña Virginia Rodríguez Rivera”, 1971, pp. 9-14.

3 Justino Fernández, “Prólogo”, 1971, p. 7.

pletos y alrededor de 400 artículos hemerográficos y reseñas de su autoría.⁴ Sin duda, la vida y la obra del “hombre poliédrico” —como lo llamara Ibarra— es digna de un cuidadoso estudio.⁵ Trabajos como los de Clara Meierovich o Gabriel Moedano profundizan en varios e importantes aspectos del trabajo de Mendoza y, asimismo, abren distintas vetas.⁶ En este capítulo sólo me interesa explorar la relación de Vicente T. Mendoza con el nacionalismo mexicano y la investigación folclórica.

CULTURA POPULAR Y NACIONALISMO

Hacia finales del siglo XVIII aparece una nueva sensibilidad, la romántica que, además de exaltar los afectos y la imaginación, se propone comprender el alma colectiva de un pueblo, capaz de producir por sí mismo obras de calidad excelsa en donde se puede explorar el misterio de las cosas y el significado más profundo de su pensar, sentir, decir y hacer: lo popular se convierte en distinción y signo de los nuevos tiempos.⁷

Si nos falta un pueblo [escribió Herder (1744-1803)], carecemos también de un público, una nación, una lengua y una literatura que sean nuestros [...] Escribiremos [...] para eruditos retraídos y críticos remilgados [...], escribiremos romances, odas, poemas heroicos, cantos eclesiásticos y hogareños que nadie entenderá, ni deseará ni sentirá.

4 La cifra es de Gabriel Moedano Navarro, “Vicente T. Mendoza y la investigación sistemática del folklore en México”, 1976, p. 295. Una lista completa de 355 fichas puede verse en Gabriel Moedano Navarro, “Bio-bibliografía del profesor Vicente T. Mendoza”, 1971, pp. 23-55.

5 Alfredo Ibarra, “Vicente T. Mendoza”, 1944, p. 12.

6 Clara Meierovich, *Vicente T. Mendoza, artista y primer folclorólogo musical*, 1995; Gabriel Moedano Navarro, “Bio-bibliografía del...”, pp. 23-55; Gabriel Moedano Navarro, “Vicente T. Mendoza y...”, pp. 258-316; Gabriel Moedano Navarro, *La vida y la obra de Vicente T. Mendoza*, 1976.

7 Geneviève Bollème, *El pueblo por escrito. Significados culturales de lo popular*, 1990, pp. 145-157; Cecil Maurice Bowra, *La imaginación romántica*, 1972, pp. 13-22; María Sierra Alonso, *La cultura en el siglo XIX*, 2000, pp. 34-38.

Nuestra literatura clásica es [...] toda elevación, pero nunca pisa el suelo alemán.⁸

La propuesta era que tradiciones e instituciones debían ser comprendidas como el espíritu de un alma colectiva (*Volkgeist*), que se expresaba tanto en la literatura como en la sabiduría popular y que condensada en una lengua común y cierta comunidad de tradiciones históricas daba pie a la nación.

Durante el siglo XIX, el análisis de los valores estéticos y morales de las obras de origen popular y su persistencia en el tiempo afianzaron la fe en la obra anónima como pauta de lo autóctono y nacional, y para destacar los rasgos de lo regional y típico, de lo singular y único de cada grupo humano los románticos se valieron de lo que parecía como más incitante y llamativo en su medio. Así nacieron los estereotipos, derivados del costumbrismo y el exotismo, pero también el culto a los héroes.⁹ El propósito era hacer de las tradiciones populares y la historia misma un potente instrumento en manos de las élites para construir o reforzar identidades colectivas, que darían forma a los conceptos modernos de Estado, nación y pueblo. Al recordar algunos pasajes de la historia y exaltar determinadas costumbres, no sólo se dio sustento a ciertas identidades colectivas asociadas con los estados nacionales, sino que, al promover desde el poder político un “patriotismo popular emocional”, también se engendró el nacionalismo.¹⁰ La invención de naciones y de identidades colectivas en el siglo XIX “no se apoyó sólo en la historia sino que se reforzó con estudios lingüísticos y folclóricos que reinventaron desde una perspectiva de las élites una supuesta cultura popular considerada característica”.¹¹ Tanto en Inglaterra, Alemania, Francia o

8 Beatriz Sarlo (comp.), *Crítica literaria. Romanticismo y positivismo: Hippolyte Taine, Francesco de Sanctis, Georg Brandes, Ferdinand Brunetière*, 1980, p. VIII.

9 Augusto Raúl Cortázar, *Folklore y literatura*, 1964, pp. 68-69.

10 Jesús Márquez Carrillo, *Breve diccionario histórico de México. Ingrávida memoria de los siglos*, 2003, pp. 127-128; Hayes J. Carlton, *El nacionalismo, una religión*, 1966, pp. 7-14.

11 María Sierra Alonso, *La cultura en...*, p. 38. A fin de cuentas, “el nacionalismo no es lo que parece, pero sobre todo no es lo que a él le parece ser. Las culturas cuya resurrección y defensa se arroga son frecuentemente de su propia invención, cuando no son culturas modificadas hasta

los países escandinavos la investigación folclórica tuvo, entonces, un auge inusitado: habría que desentrañar lo genuino y representativo de cada pueblo-Estado-nación.

NACIONALISMO E INVESTIGACIÓN FOLCLÓRICA EN MÉXICO

En nuestro país, durante la primera mitad del siglo XIX se desarrolló la sensibilidad romántica.¹² Pero debido a los diversos conflictos políticos, ello no desembocó en alguna suerte de cultura e identidad nacionales, si bien desde las postrimerías del siglo XVIII y sobre todo en la Primera República Federal hubo cierta voluntad política para crear espacios destinados a recuperar y ordenar una memoria mexicana a la medida de una nación que se pretendía “independiente, autónoma y dedicada a la persecución del bien común de sus pobladores”.¹³ Hasta antes de 1867, las artes, la historia nacional y el periodismo se utilizaron para atacar o defender una postura política.¹⁴ Fue precisamente al triunfo de la república cuando una generación de intelectuales y artistas se unió a la ideología y el proyecto político del grupo liberal y se propuso definir “lo mexicano”.¹⁵ Para este grupo, una vez derrotados los conservadores en el campo de batalla, el arte debía estar comprometido con las causas del Estado; por medio de la cultura se podría modelar una conciencia colectiva y establecer las bases políticas e ideológicas de la república. Por eso, durante la época restaurada (1867-1876) se generó un movimiento nacionalista que abarcó las letras, las manifestaciones plásticas, la

llegar a ser completamente irreconocibles”. Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismo*, 1991, p. 81. El nacionalismo es, en este sentido, una ficción constituida históricamente, un artefacto cultural con fines específicos, cuyo carácter instrumental depende de las élites educadas.

12 John S. Brushwood, *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, 1973, pp. 152-170.

13 Enrique Florescano, *Memoria mexicana. Ensayo sobre la reconstrucción del pasado: época prehispánica-1821*, 1987, p. 307; Luis Vázquez León, *El Leviatán arqueológico: antropología de una tradición científica en México*, 2003, pp. 112-113.

14 Huberto Batis, *Índices de El Renacimiento. Semanario literario mexicano (1869)*, 1963, pp. 60-61.

15 Yolanda Moreno Rivas, “Aculturación de las formas populares”, 1986, p. 43.

música, la historia y hasta la elaboración de libros escolares.¹⁶ Todo indica que en las últimas décadas del siglo XIX el empeño de los liberales por establecer el arte nacionalista había triunfado; que en los albores del XX, la producción artística vinculada con los temas y las tendencias nacionalistas ya mostraba su evolución definitiva y, desde entonces, el problema no estaría tanto en la temática, sino en la perspectiva y en los fines que le fuesen asignados y también en el horizonte desde el cual se concibiese el desarrollo, la investigación y la difusión de la cultura popular y tradicional, sea para mostrar un mundo diverso o para fortalecer determinados estereotipos de una región o nacionales.¹⁷

Si en la República Restaurada los artistas se pronunciaron a favor de una producción cívica y patriótica de resonancias populares, esto no derivó en un afán intelectual por investigar el “espíritu del alma colectiva”, como había sucedido en Alemania, Inglaterra o los países escandinavos. Para 1885 Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) denunció la negligencia y el desconocimiento de la “sabiduría popular”; es decir, “la expresión de los sentimientos del pueblo en forma de leyendas o cuentos, y particularmente en coplas o cantarillos anónimos”.¹⁸ Su interés, sin embargo, no era ajeno al surgimiento —a principios del siglo— de una nueva disciplina preocupada por el estudio científico de la sabiduría popular y tradicional de los grupos humanos: el folclor.¹⁹

Durante la última década del siglo XIX, el estudio del folclor comenzó a ser bien visto en México, pero sólo se introdujo en las aulas a partir de 1906. En ese año, el doctor Nicolás León incorporó a la clase de etnología que dictaba en el Museo Nacional desde hacía

16 David Maciel, “Cultura, ideología y política en México, 1867-1876”, 1984, pp. 95-121.

17 Fausto Ramírez, “Vertientes nacionalistas en el Modernismo”, 1986, p. 128; Ignacio Rodríguez García, “Recursos ideológicos del Estado mexicano: el caso de la arqueología”, 1996, pp. 85-86. En realidad, muchos de los modelos y arquetipos que hoy se consideran como parte esencial de la identidad mexicana se encuentran ya en la producción artística del siglo XIX. Rafael Barajas Durán, “¿Cómo ser mexicano en el XIX?”, 2002, pp. 158-159, y 172.

18 Citado por Clara Meierovich, *Vicente T. Mendoza...*, p. 86.

19 Vicente T. Mendoza, “Cincuenta años de investigaciones folklóricas en México”, 1953, p. 82; Vicente T. Mendoza, “Visión general del folklor”, 1958, pp. 14-19.

tres años los conocimientos de la nueva disciplina. Escribió para ello un folleto donde señalaba su desarrollo en Europa y la forma de agrupar la materia folclórica, según el sistema propuesto por la London Society, cuya escuela, desde una mirada antropológica y psicológica, trataba de develar la identidad de los procesos del espíritu humano.²⁰ Este empeño se enlazó con las nuevas tendencias en la investigación antropológica, la cual, en cierto modo, rompía con las ideas filosóficas del régimen porfirista: el positivismo y su idea de progreso.

En 1892, el gobierno mexicano organizó en Madrid una magna exposición de antigüedades mexicanas; ésta ayudó para que los gobiernos de Alemania, Francia y Estados Unidos se decidieran por establecer en nuestro país la Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía Americanas, que abrió sus puertas en enero de 1911.²¹ La escuela tuvo entre sus profesores a Franz Boas (1858-1942), un destacado antropólogo alemán afincado en los Estados Unidos que con su teoría del relativismo cultural influyó en la comunidad académica del mundo para concebir que el hombre sólo podía entenderse a condición de estudiar su cultura, su lengua, su constitución física y su pasado, sin presuponer el desarrollo lineal y único de las sociedades hacia un mismo objetivo. De ahí su afán por estudiar en México la persistencia de la cultura indígena frente a la influencia española, y el papel que le concedería a la investigación folclórica.²²

Aparentemente, Boas y su equipo no comprendieron la dimensión del movimiento armado y los nuevos derroteros que tendría el folclor en nuestro país. Copartícipe del movimiento nacionalista que en pro de “nuestra cultura y nuestro espíritu” iniciara hacia 1910 el Ateneo de la Juventud, en los años 1913-1915, Pedro Henríquez Ureña abriría en la Universidad Nacional una cátedra de folclor, y

20 Vicente T. Mendoza, “Cincuenta años de...”, pp. 84-86; Vicente T. Mendoza, “Visión general del folklore”..., p. 23; Gabriel Moedano Navarro, “Vicente T. Mendoza...”, pp. 258-259.

21 Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas [Año escolar, 1911-1912], *Exposición de trabajos en la sala de conferencias del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, 1912; Ignacio Rodríguez García, “Recursos ideológicos del...”, pp. 85-86.

22 Guillermo de la Peña, “Nacionales y extranjeros en la historia de la antropología mexicana”, 1996, pp. 44-48.

tendría entre sus alumnos a Manuel Toussaint, Antonio Castro Leal y Alberto Vázquez del Mercado.²³ Luego, en 1914 y en 1916, se fundarían sociedades folclóricas con individuos destacados en la investigación y comprometidos con el rescate de las “raíces populares”, entre ellos Manuel M. Ponce, Rubén M. Campos, Elías Amador y Miguel O. de Mendizábal.²⁴ El interés por el folclor, sin embargo, comenzaba a ser distinto al impulsado por Nicolás León o Franz Boas; lo que ahora más bien se buscaba era fortalecer el discurso revolucionario y, en consecuencia, una política cultural de Estado, misma que daría pie al surgimiento de la escuela mexicana de antropología y a otra manera de concebir la investigación folclórica.

En 1916, Manuel Gamio (1883-1960), auxiliar de investigación de Nicolás León y alumno de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía Americanas, publicó su libro *Forjando Patria*. En éste, aunque desarrolla algunas ideas planteadas por Boas, al precisar su concepto de nación acepta la idea positivista de progreso y rechaza las premisas básicas del relativismo cultural. Según Gamio, la nación es un tipo superior de unidad espiritual que ha de ser construida mediante la aplicación de leyes científicas. Por eso, si bien no se debe imponer una sola visión a las diferentes áreas culturales que la forman y, por el contrario, cada una de ellas debe llevar su propio ritmo hasta que en algún momento lleguen a semejarse, en el proceso mismo de su hechura, la antropología y otras disciplinas afines son instrumentos clave para conseguir el objetivo último, que es la incorporación de las culturas tradicionales e indígenas a la nación mexicana.²⁵

Las ideas de Gamio cayeron en campo fértil. En 1917 fue nombrado director de Antropología en la Secretaría de Agricultura y Fomento, desde donde, alentado por Boas, elaboró un ambicioso plan para el estudio de las diferentes “poblaciones culturales”, mismo que

23 Vicente T. Mendoza, “El papel de don Manuel Toussaint en el Folklore de México”, 1957, p. 39.

24 Dan Malmström, *Introducción a la música mexicana del siglo XX*, pp. 53-54; Vicente T. Mendoza, “La investigación folklórico...”, pp. 86-89. Clara Meierovich, *Vicente T. Mendoza...*, pp. 170-171. Una crítica a Ponce y su idea de la canción popular de México, en Pedro Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*, 1984, pp. 359-361.

25 Guillermo de la Peña, “Nacionales y extranjeros...”, pp. 61-62.

dos años más tarde se convertiría en la política oficial del régimen, y ya en las siguientes décadas fundamentaría la idea de que mediante la formulación y aplicación de políticas emanadas del Estado, la sociedad puede cambiar y es capaz de producir un hombre nuevo.²⁶

Al principio, entre 1919-1920, distintos grupos no sólo promueven investigaciones para conocer, preservar y apoyar las artesanías populares, sino también se da paso a la publicación de revistas como *México Antiguo* y *Ethnos*, dedicadas al conocimiento y difusión del folclor.²⁷ Asimismo, en el ánimo de políticos, artistas e intelectuales se palpa un interés por lo mexicano y las formas de expresarlo; temática ésta que, entre 1920 y 1924, gracias a las “aspiraciones educativas de la Revolución” y al trabajo de José Vasconcelos como rector de la universidad y más tarde secretario de Educación Pública, se convertirá en una política cultural de Estado. No es casual que en ese tiempo las artes populares experimenten una valoración que las eleva al rango de creaciones representativas del alma popular y la identidad nacional. Tampoco lo es el establecimiento, en la Secretaría de Educación Pública (SEP), del Departamento de Música y Folklore, con la encomienda —entre otras— de recoger y estudiar las manifestaciones culturales de los grupos mestizos e indígenas, pero también de educarlos o, mejor, de incorporarlos a la cultura occidental, según se vería en la escuela rural mexicana y en las misiones culturales.²⁸

Sobre esta base, se asigna a la investigación folclórica el papel de contribuir al desarrollo y el fortalecimiento de la nación, y se considera que uno de sus compromisos es elevar la sabiduría popular y tradicional de los mexicanos a un estadio cultural superior. Para Manuel M. Ponce, Rubén M. Campos y quienes con ellos realizan

26 Enrique Florescano, “El nacionalismo cultural, 1920-1934”, 2004, p. 4; Guillermo de la Peña, “Nacionales y extranjeros...”, pp. 61-62.

27 Vicente T. Mendoza, “Cincuenta años de...”, p. 90; Enrique Florescano, “El nacionalismo cultural...”, p. 6.

28 Dan Malmström, *Introducción a la...*, p. 62; Enrique Florescano, “El nacionalismo cultural...”, p. 5; Margarita Esther González (coord.), *México. Cien años: de 1900 a la actualidad*, 2001, pp. 144-145. Entre 1920 y 1940, la incorporación del indio a la civilización es coercitiva, se le prohíbe el uso de las lenguas vernáculas y signos de identidad como la indumentaria. Gonzalo Aguirre Beltrán, *Pensar el quehacer antropológico en México*, 1994, pp. 8-9, y 119-120.

investigaciones de este tipo en la SEP y otras dependencias del gobierno, el músico o el hombre de letras debe mostrarle al pueblo

lo que es bello de su propia producción escogida y ennoblecida por la percepción del artista y su apreciación justa [...] Si la melodía es bella, considerada con el criterio estético del artista [...] y la presentamos en su desnudez original [...] no dejará de ser bella, pero causará piedad por no haber sido presentada con el atavío del arte, grato al hombre culto.²⁹

Fue precisamente este afán el que llevó a la clase media ilustrada de provincia y a los artistas e intelectuales de la ciudad de México a promover el nacionalismo cultural como una forma de educar a las masas, de proporcionarles una identidad propia. Sin abandonar la idea de que ser mexicano significaba volverse moderno, se comenzó a exaltar el pasado prehispánico y a retomar los valores regionales, las artesanías, los trajes típicos, el lenguaje popular y las canciones: a inventar y difundir los elementos “más granados de la mexicanidad”.³⁰

Con este mismo ánimo, los maestros y el personal de las misiones culturales y de las escuelas normales rurales actuaron como infantería del movimiento nacionalista, pues se dedicaron a la recolección de material folclórico (transcribieron danzas, canciones, cuentos, leyendas, corridos) que más tarde, en los años treinta, serviría no sólo para efectuar festivales cívicos, sino también para conformar la cultura nacional de los maestros. El resultado fue que niños de habla náhuatl, en Tlaxcala, conocieron la danza yaqui del Venado, y niños tarahumaras aprendieron el jarabe tapatío... Con el propósito de configurar una cultura nacional, la SEP se apropió y reelaboró símbolos, objetos y artefactos de uso diario, elevándolos a lo característico de tal o cual región.³¹ Mientras en los medios intelectuales

29 Rubén M. Campos, *El folklore literario y musical de México*, 1974, pp. 13-14.

30 Tania Carreño King, *El charro: la construcción de un estereotipo nacional, 1920-1940*, 2000, p. 17.

31 Mary Kay Vaughan, *La política cultural en la Revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940*, 2000, pp. 81-83; Ricardo Pérez Montfort, “Nacionalismo y estereotipos, 1920-1940”, 1990; Clara Meierovich, *Vicente T. Mendoza...*, pp. 107-108. Sobre la destrucción del

y artísticos se producían discusiones filosóficas sobre la identidad y la naturaleza de los mexicanos, en los medios de comunicación de masas (teatro, prensa, radio, cine) se difundían intensamente estilos, formas de vida y valores que hacían referencia a los lugares comunes del carácter del mexicano. Entre 1920 y 1940, el nacionalismo cultural puso en circulación un sinnúmero de estereotipos —ya establecidos en el siglo XIX— e instauró sus rasgos definitorios: el charro, el tequila, la china poblana o el jarabe tapatío se convirtieron en los campos más socorridos, pero no en las únicas señales mexicanas de identidad.³²

En estas condiciones, el interés por descubrir la diversidad geográfica, social y cultural del país no entró en los planes de la investigación folclórica patrocinada por el Estado ni de los artistas comprometidos con el discurso revolucionario. Como bien observa Mendoza, al referirse a los congresos nacionales de música que se llevaron a cabo en 1926 y 1928, el “folklore era utilizado únicamente como escalón para llegar al nacionalismo musical”.³³ En la década de los treinta, sin embargo, frente al empeño por asignarle al folclor un carácter instrumental, comenzó a perfilarse una época que se refleja en 1) el surgimiento de revistas especializadas o que dan cabida a artículos relacionados con esta disciplina (p. ej., *El México Antiguo*, *Mexican Folkways*, *Revista de Investigaciones Lingüísticas*, *Música*, *Revista Mexicana o Neza*); 2) el despliegue de conferencias para un público no necesariamente especializado y, por último, 3) la aparición de algunos centros u organizaciones (Sociedad Folclórica de México, Instituto Mexicano de Musicología y Folklore, etc.) que se proponen darle al folclor un carácter académico o, si se prefiere, menos utilitario.³⁴ Todo esto se debió al empeño de personas e instituciones interesadas en rescatar, investigar y difundir la cultura popular tradicional y en organizar su estudio. Mendoza destaca en este grupo, pues fue la figura más importante de la investigación folclórica durante tres décadas.

indio y la apropiación de sus símbolos étnicos, Gonzalo Aguirre Beltrán, *Pensar el quehacer...*, pp. 37-39.

32 Tania Carreño King, *El charro: la...*, pp. 17-19; Rafael Barajas Durán, *¿Cómo ser mexicano...*, pp. 158-159, y 172.

33 Vicente T. Mendoza, “Cincuenta años de...”, p. 96.

34 *Ibid.*, pp. 97-105; Gabriel Moedano Navarro, “Vicente T. Mendoza...”, pp. 263-264.

MENDOZA Y LA INVESTIGACIÓN FOLCLÓRICA

Vicente Téodulo Mendoza Gutiérrez nace en Cholula, Puebla, el 27 de enero de 1894. Desde pequeño toma clases de música y piano con su padre. Posteriormente se traslada a la ciudad de México y se inicia en el aprendizaje teórico y práctico de la música: de 1909 a 1911, cursa música y piano en la Academia de Bellas Artes; de 1914 a 1916, estudia teoría musical, piano, solfeo, conjuntos vocales, armonía, francés y literatura en el Conservatorio Nacional de Música y, nuevamente, técnica del dibujo de copia, al yeso y al desnudo en la misma academia. En el lapso de 1913 a 1925 toma clases particulares con el profesor Julián Carrillo y se dedica por su cuenta a estudiar composición e instrumentación. Siendo aún joven, en 1915, participa en los coros de la Compañía Impulsora de Ópera y, a principios de los años veinte se estrena como pianista en el cine mudo.³⁵

Las necesidades económicas de su familia lo llevan desde 1912 a emplearse como dibujante topógrafo en la Secretaría de Fomento (1912-1925) y la Comisión Nacional de Irrigación (1926-1927), donde —a tono con el nacionalismo cultural— inicia sus trabajos de recolección folclórica. Precisamente entre 1925 y 1926 —al recolectar una treintena de cantos en Michoacán— define la tarea que le será propia hasta el fin de sus días: la investigación folclórica. Luego, en 1929 lo contratan como ayudante de la Academia de Investigación de Música Mexicana en el Conservatorio Nacional y empieza su carrera de docente e investigador profesional en esta disciplina.³⁶

Si tomamos en cuenta el ambiente de la época, es de señalar que cuando en 1929 se introduce la investigación musical en el conservatorio, se encuentran en pugna dos tendencias o corrientes nacionalistas: la encabezada por Manuel M. Ponce, que busca dignificar las propuestas sonoras del pueblo y utilizar el material del folclor en la

35 Alfredo Ibarra, "Vicente T. Mendoza", p. 13; Gabriel Moedano Navarro, "Bio-bibliografía del...", p. 264; Clara Meirerovich, *Vicente T. Mendoza...*, pp. 20-25.

36 "Mendoza Gutiérrez, Vicente T.", AHUNAM, Expedientes de Personal, MEGV 940127, exps. 112/131/4861; Vicente T. Mendoza, *El romance español y el corrido mexicano. Estudio comparativo*, 1939, pp. 9-10; Vicente T. Mendoza, "La investigación folklórico...", pp. 61-62; Alfredo Ibarra, "Vicente T. Mendoza", pp. 10-11.

edificación de un arte propio, y la de Carlos Chávez, que se propone captar sólo su espíritu y pulir una expresión artística que refleje la esencia de lo indígena.³⁷ Antes de 1929, Mendoza había sido partidario del nacionalismo que enarbolaba el grupo de Ponce, Alba Herrera y Ogazón, Estanislao Mejía, Jesús C. Romero y Rodolfo Usigli, tanto que en el primero y en el segundo Congresos Nacionales de Música (1926 y 1928), sus ideas sirvieron para orientar y fortalecer esta postura, e incluso llegó a formar junto con Luis Sandi, Gerónimo Baqueiro Foster y Gabriel Moedano la Comisión Técnica de Folklore. Desde 1922, en el Primer Congreso Mexicano de Escritores y Artistas, se había considerado el folclor como la fuente del nacionalismo artístico y una disciplina merecedora de estudio, en vista de los beneficios que podría reportar. Folclor, arte e investigación antropológica se concebían como herramientas básicas y útiles en la formación de una conciencia nacional.³⁸

Cuando, en 1929, Mendoza arriba al Conservatorio Nacional de Música comienza a cambiar un poco de perspectiva, bajo la influencia de Carlos Chávez y Silvestre Revueltas. Ambos compositores no utilizan en su obra melodías o canciones folclóricas, recrean la esencia de lo que se considera es una manifestación de la cultura. Aquí, la investigación folclórica sólo es importante porque de ella se puede destilar la savia que alimente la producción artística y dé sustancia a la mexicanidad; no tiene el propósito de educar a las masas apropiándose de sus formas culturales.³⁹ Quizá producto de esta nueva mirada sea uno de los trabajos pioneros y más sobresalientes para el conocimiento de la música en el México antiguo. Me refiero a la investigación que Mendoza hizo con Daniel Castañeda sobre *El instrumental precortesiano* (1933), caracterizada por su alto rigor

37 La polémica Chávez-Ponce puede verse en Yolanda Moreno Rivas, "Aculturación de las...", pp. 49-58; Dan Malmström, *Introducción a la...*, pp. 86-87 y 92-93.

38 Gabriel Moedano Navarro, "Bio-bibliografía del...", pp. 272-273; Clara Meirerovich, *Vicente T. Mendoza...*, pp. 107-120.

39 Yolanda Moreno Rivas, "Aculturación de las...", p. 53. Otto Mayer-Serra tilda de indigenismo moderno la obra de Chávez y de realismo mestizo, la de Revueltas. Mientras el realismo mestizo se inspira en la música popular y el folclor, el indigenismo moderno nos remite al México indio de la época prehispánica. Citado por Dan Malmström, *Historia de la...*, p. 87.

técnico en los análisis acústicos y musicales.⁴⁰ Luego, tras publicar en 1939 su libro *El romance español y el corrido mexicano*, Mendoza empezaría a ser reconocido en Estados Unidos y en el extranjero. Desde que en el verano de 1940 fue invitado para impartir dos cursos acerca de la música mexicana y la composición musical en la Universidad de Austin, Texas, sus salidas a Estados Unidos y los países iberoamericanos serían permanentes, así como sus publicaciones en periódicos, revistas y libros.⁴¹

Independientemente del auténtico interés por la investigación folclórica, el movimiento revolucionario de 1910 y la manera como se concibió el conocimiento de la cultura popular tradicional en los años veinte impidieron el desarrollo de los aspectos teóricos y metodológicos en la materia: era más importante la recolección que el análisis. Mientras en otras latitudes habían surgido varias escuelas, en México se carecía de una teoría y un método. Tal vez por eso, cuando en 1938, Ralph Steele Boggs, catedrático de Folklore en la Universidad de Carolina del Norte, vino a efectuar algunas investigaciones en Tlaxcala, la Sociedad Mexicana de Antropología lo invitó a impartir una conferencia en la que advertía sobre la importancia de crear una sociedad mexicana de folclor, pues las anteriores organizaciones habían desaparecido. Aunque el establecimiento de ésta fue el primer escalón para la investigación y la enseñanza profesional del folclor, el hecho es que, debido a varios problemas, en 1940 la Sociedad Mexicana de Folklore se transformó en Sociedad Folclórica de México y quedó en manos de Mendoza y su esposa, amigos y discípulos del destacado investigador estadounidense, desde mediados de los años cuarenta.⁴²

Algunos años más tarde, en 1945, Boggs dictó una serie de cursos y seminarios en la Escuela Nacional de Antropología e Historia

40 Esta obra le sirvió de base a Carlos Chávez, cuando en 1940 realizó un concierto con instrumentos autóctonos en el Museo de Arte Moderno de Nueva York y convirtió el evento en una mezcla de música antigua, nueva, popular, folclórica y contemporánea. Gabriel Moedano Navarro, "Bio-bibliografía del...", p. 296; Dan Malmström, *Historia de la...*, pp. 103-104.

41 "Mendoza Gutiérrez, Vicente T.", AHUNAM, Expedientes de Personal, MEGV 940127, exps. 112/131, 4861.

42 Gabriel Moedano Navarro, "Bio-bibliografía del...", pp. 266-268.

(ENAH) y en la UNAM, a los que asistieron varios estudiantes e investigadores, lo que ayudó a fijar en ellos “los cimientos de la ciencia folklórica [...] mediante un trabajo sistemático”.⁴³ También bajo su influencia, en 1946 Mendoza fue invitado al Instituto de Folklore de la Universidad de Indiana, donde además de “dar a conocer el folklore y música mexicanos se perfecciona en la técnica de la investigación folklórica” y obtiene el título que lo acredita como maestro en Música.⁴⁴ En esa época, la Universidad de Indiana contaba entre sus profesores a Stith Thompson, quien había “llevado a su culminación el método y los trabajos de la escuela finesa”, cuyos orígenes se remontaban al siglo XIX y se proponía la recolección del material folclórico según criterios históricos y geográficos, “utilizando millares de fichas, marcando centros de diseminación y rutas por donde han transitado hace siglos los motivos folklóricos”, pues para este método todo hecho folclórico debe acusar la existencia de pautas “históricas, por el tiempo en que vive y que subsiste; geográficas, por los lugares que recorre”.⁴⁵

La adopción del método histórico-geográfico de la escuela finesa le significó a Mendoza una rigurosa clasificación del material folclórico, según lo que había aprendido con Stith Thompson y en vista del acceso que tuvo a muchas publicaciones periódicas y excepcionales sobre la disciplina.⁴⁶ Pero, del mismo modo que Gamio frente a Boas, mientras que la escuela finesa pone de manifiesto la universalidad de los temas folclóricos y se cuestiona, por ejemplo, la relación entre literatura y folclor, entre las formas escritas y las orales y anónimas que la tradición conserva y, en suma, no tiene un sólo sentido, sino que fortalece diversos lazos de mutuo entendimiento entre los pueblos, para Mendoza la investigación folklórica tiene,

43 Fernando Anaya Monroy, “Folklore y nacionalismo en México”, 1958, p. 111.

44 “Mendoza Gutiérrez, Vicente T.”, AHUNAM, Expedientes de Personal, MEGV 940127, exps. 112/131, 4861.

45 Vicente T. Mendoza, “Visión general del...” pp. 11, 24; José Castillo Ferraras, “Lo folklórico y lo erudito”, 1958, pp. 83-84. Sobre los principales postulados, criterios y principios del método histórico-geográfico, véase Augusto Raúl Cortazar, *Folklore y literatura*, pp. 95-104.

46 Acerca de las transformaciones del folclor como disciplina, Vicente T. Mendoza, “Visión general del...”, pp. 9-29.

en primera instancia, propósitos más precisos. Así, la enseñanza de la música folklórica es “forjadora de la nacionalidad”; el folklore “puede auxiliar a las demás ciencias en el desarrollo de nuestra nacionalidad”, o bien el

objeto que persiguen los estudios del Folklore mediante monografías de temas específicos es llegar a conclusiones válidas que permiten deducir leyes generales de esta ciencia, las cuales pueden aplicarse a diversos fines mediatos y finalmente sirven para el conocimiento y unificación de los pueblos, en nuestro caso (pueblo de mestizos) estas consideraciones pueden ser aprovechadas para la formación de nuestra conciencia nacional. [En segundo término, la investigación folclórica] ayuda a mostrar la hermandad entre los hombres [...] es útil y contribuye al bienestar humano, así como al progreso de la civilización.⁴⁷

La visión científica e integradora del folclor de Mendoza, sin embargo, no se ubica en la perspectiva de Manuel Gamio y los investigadores del folclor como Manuel M. Ponce o Rubén M. Campos.⁴⁸ Se trata ahora de reconocer la especificidad y las particularidades de las culturas étnicas, sin que ello implique su apartamiento sino, por el contrario, su integración.⁴⁹

En otros términos, su mirada ya no se centra en el nacionalismo, entendido como ese “amor o apego de los naturales de una nación a ella y a cuanto le pertenece”, sino en el concepto nacionalidad; es decir: en la “condición y carácter peculiar de los pueblos e individuos de una nación, y de cuanto a ella pertenece, lo cual desemboca en una conciencia nacional, pero también en la comprensión de un

47 Las expresiones son de Mendoza, citado por Gabriel Moedano Navarro, “Bio-bibliografía del...”, pp. 283-284.

48 La política cultural del Estado empezó a ser cuestionada en Pátzcuaro durante el Primer Congreso Indigenista Interamericano (1940), que repudió la “coerción y el positivismo social como fundamento y praxis de la política integrativa” y propuso un nuevo enfoque de la integración centrado en “el consenso y el relativismo cultural”, gracias a la influencia académica de Mauricio Swadesh, Jules Henry y Paul Kirchhoff, entre otros. Gonzalo Aguirre Beltrán, *Pensar el quehacer...*, pp. 119-120.

49 *Ibid.*, pp. 119-120.

devenir comunitario”.⁵⁰ Adquirimos una serenidad de juicio —nos dice—:

al descubrir que la cultura tradicional de nuestros indígenas y hombres de campo, lo mismo que la de los demás: mineros, agricultores, ganaderos, comerciantes, etc., etc., es lo más puro, exquisito y quintaesenciado de nuestra nacionalidad. En cada uno de los rasgos folklóricos los vemos retratados, ellos se miran reproducidos en la vida de sus padres y abuelos, haciéndolos amar su propia cultura, su lenguaje, indumentaria, alimentación, sus propias manufacturas, así como sus expresiones verbales: mitos, leyendas, cantos, danzas, juegos, adivinanzas y refranes.⁵¹

Desde esta perspectiva, la posición de Mendoza es cercana a Alfonso Reyes y contraria a un nacionalismo y a un folclor que, carentes de fuerza, no pueden contribuir al desarrollo de la nacionalidad. Un nacionalismo y un folclor “rastacueros” y triviales no serán los que fortifiquen y afiancen a nuestra nacionalidad, dice Anaya Monroy.⁵² La “única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo”, apunta Alfonso Reyes, en 1932. Bueno es

hacer saber a quienes lo ignoran, y recordarlo a quienes ya lo saben, que la gran sacudida de la pintura nacional es un fruto de la cultura, de la disciplina, de la erudición de nuestros mejores pintores contemporáneos, quienes comenzaron por absorber y dirigir las enseñanzas universales de la pintura.⁵³

50 Las definiciones señaladas se encuentran en cualquier diccionario.

51 Vicente T. Mendoza, “Visión general del...”, pp. 12-13.

52 El nacionalismo y el folclor “rastacueros” están en “discursos ‘patrioterros’, gritos y ‘roncadas’, tequila y borrachera de 15 de septiembre, sarapes de Saltillo, jícaras de Uruapan, charros y chinas poblanas, ‘danzas regionales’ alteradas e inauténticas en fiestas escolares o banquetes de políticos, ‘noches mexicanas’, programas ‘típicos’ de radio y televisión, el ‘Guadalajara de noche’, los ‘Aquí es Jalisco’ y los ‘Tenampas’, con ‘ponche de granada’ y con ‘mariachis’, etc.”, Fernando Anaya Monroy, “Folklore y nacionalismo...”, p. 117.

53 Alfonso Reyes, “Lo mexicano y lo universal”, 1981, pp. 71, 76.

Pero fue precisamente esta visión la que no contó con el apoyo del Estado. Entre 1920 y 1940 el ciclo de la invención popular nacionalista había concluido. Los estilos, formas de vida, valores y objetos que hacían referencia a los lugares comunes del mexicano se habían sedimentado (eran identitarios), y la investigación folclórica carecía de la importancia que había tenido en las primeras décadas de la revolución, cuando se pretendía educar y presentarle al pueblo, “con el atavío del arte”, sus propias creaciones. Entre 1938 y 1964, Mendoza no sólo se mantuvo convencido del papel de la investigación folclórica en el desarrollo de la nacionalidad mexicana, también a través de su obra se dedicó a dejar constancia de su trabajo, gracias sobre todo al apoyo de Manuel Toussaint (1890-1955), quien desde su nombramiento como director del Instituto de Investigaciones Estéticas, en 1939, lo contrató como investigador, le patrocinó viajes de exploración a diversas partes del país y le abrió el camino para prepararse y sustentar cátedras en diferentes universidades extranjeras, “logrando de esta manera que México ocupara un lugar entre los países más avanzados que se dedican al estudio de esta materia”.⁵⁴ Sin este cobijo Mendoza no hubiese podido rastrear durante toda su vida la herencia española en el folclor mexicano, como un paso previo para distinguir lo indígena.

Por otra parte, pese al profesionalismo de varios de sus integrantes, la Sociedad Folklórica bajo su dirección no gozó de los favores institucionales para su fortalecimiento y desarrollo. Desde 1938 hasta su disolución en 1977 no tuvo local propio y su *Anuario*, que se publicó durante quince años, desde 1942 hasta 1957, si bien contó al principio con el apoyo de la UNAM, en 1944 ésta empieza a reducirlo y sólo la cooperación voluntaria de ciertos individuos y algunas oficinas del medio gubernamental salvaron del naufragio a esta empresa que consiguió publicar 11 volúmenes, el último debido al empeño del secretario de Hacienda y al oficial mayor de la propia dependencia.⁵⁵ Una vez petrificadas las imágenes del mexicano, era difícil que el Estado se interesara por la investigación sistemática del

54 Vicente T. Mendoza, “Visión general del...”, pp. 48-49.

55 *Anuario de la Sociedad Folklórica de México*, vol. XI, 1957, p. 7.

folclor. Con excepción de su peso en el mundo académico, la tarea de Mendoza y su grupo permaneció casi ignorada por el nacionalismo “rastacuero” y trivial de México.

UNA CONSIDERACIÓN FINAL

Hacer un balance de Vicente T. Mendoza en su relación con el nacionalismo y la investigación folclórica es todavía un reto. Respetado y querido dentro y fuera de su país por su apasionada entrega a la causa de la investigación folclórica, su relación con el nacionalismo transitó por varios vericuetos, desde las posiciones enarboladas por Manuel M. Ponce hasta las de quienes se adscribían al relativismo cultural. Pero, por encima de todo, tal vez podría decirse de él lo que José Luis Martínez escribió de Manuel Toussaint: sus copiosos estudios monográficos “tienen *la doble excelencia* de estar elaborados por un riguroso y analítico investigador, y escritos por un artista que comprendía y amaba los objetos de su estudio”.⁵⁶

FUENTES Y REFERENCIAS

- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Pensar el quehacer antropológico en México*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1994.
- Archivo Histórico de la UNAM (AHUNAM), Fondo Expedientes de Personal, MEGV 940127, exps. 112/131/4861.
- Anaya Monroy, Fernando, “Dos investigadores ejemplares en el folklor: Vicente T. Mendoza y doña Virginia Rodríguez Rivera”, en *25 Estudios de Folklore. Homenaje a Vicente T. Mendoza y Virginia Rodríguez Rivera*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, 1971, pp. 9-21.
- Anaya Monroy, Fernando, “Folklore y nacionalismo en México”, en *Nuevas aportaciones a la investigación folklórica de México*, México,

56 Citado por Clementina Díaz y de Ovando, “Manuel Toussaint, historiador y artífice”, 1992, p. 26

- Sociedad Folklórica de México, Libros de México, 1958, pp. 105-120.
- Anuario de la Sociedad Folklórica de México*, México, Sociedad Folklórica de México, vol. XI, 1957.
- Barajas Durán, Rafael, “¿Cómo ser mexicano en el XIX?”, en *Espejo Mexicano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Fundación Miguel Alemán/Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 116-177.
- Batis, Huberto, *Índices de El Renacimiento. Semanario literario mexicano (1869)*, México, Imprenta Universitaria-UNAM, 1963.
- Bollème, Geneviève, *El pueblo por escrito. Significados culturales de lo popular*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Grijalbo, 1990.
- Bowra, Cecil Maurice, *La imaginación romántica*, Madrid, Taurus, 1972.
- Brushwood, John S., *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.
- Campos, Rubén M., *El folklore literario y musical de México*, México, Secretaría de Obras y Servicios-Departamento del Distrito Federal, 1974.
- Carlton, J. Hayes, *El nacionalismo, una religión*, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1966.
- Carreño King, Tania, *El charro: la construcción de un estereotipo nacional, 1920-1940*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana/Federación Mexicana de Charrería, 2000.
- Castillo Ferraras, José, “Lo folklórico y lo erudito”, en *Nuevas aportaciones a la investigación folklórica de México*, México, Sociedad Folklórica de México/Libros de México, 1958, pp. 79-97.
- Cortázar, Augusto Raúl, *Folklore y literatura*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1964.
- Díaz y de Ovando, Clementina, “Manuel Toussaint, historiador y artífice”, en *Manuel Toussaint. Su proyección en la historia del arte mexicano*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, 1992, pp. 13-27.
- Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas [año escolar 1911-1912], *Exposición de trabajos en la sala de conferencias del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, Müller Hermanos Editores, 1912.

- Fernández, Justino, “Prólogo”, en *25 Estudios de Folklore. Homenaje a Vicente T. Mendoza y Virginia Rodríguez Rivera*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, 1971, pp. 7-8.
- Florescano, Enrique, “El nacionalismo cultural, 1920-1934”, en *Imágenes de la patria a través de los siglos*, suplemento especial de *La Jornada*, México, 26 de agosto de 2004, pp. 1-8.
- Florescano, Enrique, *Memoria mexicana. Ensayo sobre la reconstrucción del pasado: época prehispánica-1821*, México, Joaquín Mortiz, 1987.
- Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza, 1991.
- González, Margarita Esther (coord.), *México. Cien años: de 1900 a la actualidad*, México, Océano, 2001.
- Hayes, Carlton J. H., *El nacionalismo, una religión*, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1966.
- Henríquez Ureña, Pedro, *Estudios mexicanos*, México, Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica, 1984.
- Ibarra, Alfredo, “Vicente T. Mendoza”, *Anuario de la Sociedad Folklórica de México*, México, Imprenta Universitaria-UNAM, 1944, pp. 9-23.
- Maciel David, “Cultura, ideología y política en México, 1867-1876”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. V, núm. 19, El Colegio de Michoacán, 1984, pp. 95-121.
- Malmström, Dan, *Introducción a la música mexicana del siglo xx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Márquez Carrillo, Jesús, *Breve diccionario histórico de México. Ingrávida memoria de los siglos*, Puebla, LunArenas, 2003.
- Meierovich, Clara, *Vicente T. Mendoza, artista y primer folclorólogo musical*, México, Coordinación de Humanidades-UNAM, 1995.
- Mendoza, Vicente T., “Visión general del folklore”, en *Nuevas aportaciones a la investigación folklórica de México*, México, Sociedad Folklórica de México/Libros de México, 1958, pp. 9-29.
- Mendoza, Vicente T., “El papel de don Manuel Toussaint en el Folklore de México”, *Anuario de la Sociedad Folklórica de México*, vol. XI, 1957, pp. 39-49.

- Mendoza, Vicente T., “Cincuenta años de investigaciones folklóricas en México”, en *Aportaciones a la investigación folklórica de México*, México, Imprenta Universitaria-UNAM, 1953, pp. 81-111.
- Mendoza, Vicente T., “La investigación folklórico-musical”, en *Aportaciones a la investigación folklórica de México*, México, Imprenta Universitaria-UNAM, 1953, pp. 57-69.
- Mendoza, Vicente T., *El romance español y el corrido mexicano. Estudio comparativo*, México, Imprenta Universitaria, 1939.
- Moedano Navarro, Gabriel, *La vida y la obra de Vicente T. Mendoza*, México, Dirección General de Arte Popular-Secretaría de Educación Pública, 1976.
- Moedano Navarro, Gabriel, “Vicente T. Mendoza y la investigación sistemática del folclore en México”, en *La investigación social de campo en México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1976, pp. 258-316.
- Moedano Navarro, Gabriel, “Bio-bibliografía del profesor Vicente T. Mendoza”, en *25 Estudios de Folklore. Homenaje a Vicente T. Mendoza y Virginia Rodríguez Rivera*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, 1971, pp. 23-55.
- Moreno Rivas, Yolanda, “Aculturación de las formas populares”, en *Nacionalismo y arte mexicano. IX Coloquio de Historia del Arte*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, 1986, pp. 28-65.
- Peña, Guillermo de la, “Nacionales y extranjeros en la historia de la antropología mexicana”, en *La historia de la antropología en México*, México, Universidad Iberoamericana/Plaza y Valdés/Instituto Nacional Indigenista, 1996, pp. 41-81.
- Pérez Montfort, Ricardo, “Nacionalismo y estereotipos, 1920-1940”, *El Nacional Dominical*, México, año I, núm. 25, 11 de noviembre de 1990.
- Ramírez, Fausto, “Vertientes nacionalistas en el modernismo”, en *El nacionalismo y el arte mexicano. IX Coloquio de Historia del Arte*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, 1986, pp. 113-167.
- Reyes, Alfonso, “Lo mexicano y lo universal”, en *Textos. Una antología general*, México, Secretaría de Educación Pública/UNAM, 1981, pp. 70-80.

- Rodríguez García, Ignacio, “Recursos ideológicos del Estado mexicano: el caso de la arqueología”, en *La historia de la antropología en México*, México, Universidad Iberoamericana/Plaza y Valdés/Instituto Nacional Indigenista, 1996, pp. 83-103.
- Sarlo, Beatriz (comp.), *Crítica literaria. Romanticismo y positivismo: Hippolyte Taine, Francesco de Sanctis, Georg Brandes, Ferdinand Brunetière*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.
- Sierra Alonso, María, *La cultura en el siglo XIX*, Madrid, Credimar (Historia de la humanidad, 27), 2000
- Vaughan, Mary Kay, *La política cultural en la Revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940*, México, Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Vázquez de Knauth, Josefina, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1970.
- Vázquez León, Luis, *El Leviatán arqueológico: antropología de una tradición científica en México. Sociedades, historias, lenguajes*, México, Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social, 2003.